

mer lugar, las realidades del pecado y las consiguientes conversión y penitencia (cfr. pp. 23-38). A estos aspectos les dedica especial atención, y se podría decir que es el punto de partida de su discurso sobre la vida sacerdotal. Después recuerda la figura de Jesucristo como el centro y el origen de todo ministerio en la Iglesia, en coherencia con la necesaria purificación anteriormente expuesta (cfr. pp. 39-54).

Las siguientes meditaciones versan sobre la Escritura y su importancia en la vida sacerdotal; de hecho, define al sacerdote como «un enamorado de la Escritura» (cfr. pp. 39-61). En línea con lo anterior, el texto presentado por el cardenal Arinze se nutre fundamentalmente de textos bíblicos, junto con los textos litúrgicos del momento, alguna aportación de los Padres y citas del Vaticano II y del *Catecismo de la Iglesia Católica*. A continuación aborda –como inseparable de la Palabra de Dios– el misterio de la Iglesia y del amor que Cristo tiene por su Esposa, en el que participan todos los sacerdotes. El sacerdote «ama a la Iglesia» al servirla, a la vez que recuerda la dimensión comunitaria del pueblo de Dios: allí «encuentra y sigue a Jesús» y allí «encuentra a Jesús en otras

personas» (cfr. pp. 63-82). De aquí surge su necesario celo misionero del que el sacerdote debe ofrecer un vibrante testimonio (cfr. pp. 83-90).

En la parte final y, sin embargo, nuclear, se ocupa de la vida de oración y de la vida litúrgica del ministro eclesial, al proponer la Eucaristía –dentro y fuera de la misa– como verdadero centro de la existencia sacerdotal (pp. 93-105), que encuentra a su vez su eco perfecto en los sacramentales y –de un modo especial– en el rezo de la Liturgia de las Horas (pp. 107-113). Por último, Arinze no deja de afrontar las dimensiones social y escatológica del propio ministerio, con lo que presente y futuro aparecen también en este discurso (pp. 115-128, 135-139). La instauración del «reino de justicia, de amor y de paz» es una consecuencia indirecta del ministerio sacerdotal. De esta forma el sacerdote será un «apóstol de solidaridad» y la «voz de la Iglesia», a la vez que un testigo y un altavoz de toda la eternidad. Las palabras sobre la «madre del Redentor» le ofrecen un algo entrañable a este recorrido por la espiritualidad sacerdotal (cfr. pp. 129-135).

Pablo BLANCO

Livio FANZAGA, *Il miracolo della conversione*, Milano: Piemme, 2012, 178 pp., 13 x 21,5, ISBN 978-88-566-2215-7.

Toda conversión es un milagro de la gracia de Dios; quienes la han experimentado lo confirman y se sienten protagonistas de una aventura única. Se trata de una resurrección espiritual en la que se entremezclan el dolor y el gozo: el trabajo doloroso del parto y la alegría del nacimiento a una vida nueva.

Nadie se convierte solo, como tampoco nadie puede programar su conversión.

Es Dios quien llama y quien sorprende a cada uno en momentos, lugares y circunstancias originales. Por eso no hay conversiones iguales: además de que las personas que se convierten son muy diversas, son también variadas las vías a través de las cuales la gracia divina opera misteriosamente en sus corazones.

El sacerdote escolapio Livio Fanzaga –director de programas de Radio María en

Italia— publica este libro con objeto de ayudar a las personas en el camino personal de conversión. Según el autor, en los países de antigua tradición cristiana y en el seno de una sociedad secularizada, se percibe un río silencioso de conversiones que se expande a medida que avanza. En este contexto, se hace necesario que las personas conozcan la pedagogía divina que opera en los corazones para dejarse guiar por la gracia de la conversión.

A lo largo de treinta y seis breves capítulos, dispuestos a modo de etapas del itinerario espiritual del potencial converso, el autor dialoga de manera franca y fraternal con el lector, abriéndole panoramas e invi-

tándole a la reflexión y a la escucha. El conjunto de meditaciones está enriquecido con pasajes evangélicos y citas escogidas de autores de diferentes épocas, como el converso Alfonso de Ratisbona, San Ignacio de Loyola, Dante, o San Agustín.

En ese recorrido del itinerario de la conversión, vienen indicados los pasos que se han de dar, los peligros a evitar y las metas a las que tender. El autor sabe transmitir en un tono positivo y esperanzador que la conversión es un camino que dura toda la vida, una dimensión permanente de la vida cristiana.

Juan ALONSO